

Cultura y Arte

Misa de Réquiem de Fauré



Adriana de los Angeles Contardo Poblete
Prof. Educ. Musical/
Diplomada Gestión Cultural)

Esta es una de las obras preferidas del repertorio de Semana Santa a través del mundo. En nuestra región esta Misa de difuntos estuvo presente a través de tres conciertos realizados este mes por el Coro Institucional de la Universidad Católica del Maule, conformado por estudiantes, académicos, funcionarios administrativos y la comunidad en general. Es dirigido desde el 2023 por la maestra Isabel Fredes, curicana avecindada en Talca, Licenciada en música con mención en canto y dirección coral de la Universidad en Segovia, España. Los solistas Leslie Araya, Paz Brevis, John López, la agrupación coral, con más de cincuenta músicos en escena, un ensamble instrumental invitado, creado, dirigido y preparado para la ocasión por la cellista talquina Constanza Be-

soán -que residió varios años en Alemania- y el talentoso maestro David Contreras que en esta ocasión interpretó el órgano, deleitaron y emocionaron a las audiencias de Talca y Curicó.

El compositor francés Gabriel Fauré lo escribió entre 1886 y 1888 tras la muerte de su padre, profesor, acaecida en 1885 y dos años después, su madre; tan solo meses antes, casi premonitoriamente, comenzó su tarea. A pesar de que fue un momento de duelo y luto personal, su música destaca por su tono consolador, esperanzador y sereno, que la diferencia de otros Réquiem conocidos de Verdi o Mozart, más dramáticos o terroríficos que relatan el juicio final o el miedo a la muerte. Eliminó secciones tradicionales como el Dies irae (Día de la ira), que suele asociarse con el juicio final y el castigo, y en su lugar enfatizó temas como el descanso eterno y la redención, transmite un mensaje de paz y esperanza para los vivos y los difuntos. El maestro señalaba entonces «así es como veo yo la muerte: como una feliz liberación, una aspiración a una felicidad superior, antes que una penosa experiencia». Basándose principalmente en el esquema básico para coro y acompañamiento, constaba de Introito, Kyrie, Sanctus, Pie Jesu, Agnus Dei e In Paradisum. Tampoco integró pasajes de la Sequentia, como el Tuba Mirum o el Lacrimosa, y en su lugar se decidió por

el Pie Jesu, un pasaje muy poco incorporado. El estreno de esta versión tuvo lugar en la Iglesia de la Madeleine en 1888. Durante los siguientes años añadió otro movimiento, Libera me, escrito antes como pieza independiente, y algunos años después lo amplió definitivamente con el Offertoire, versión estrenada en 1893. Finalmente, Fauré trabajó en una versión orquestada —la tercera— que fue estrenada en el verano de 1900 para la Exposición Universal de París, y actualmente, la más interpretada.

Fauré nació en 1845 en Pamiers, Francia, una pequeña ciudad occitana, en el seno de una familia de clase media sin antecedentes musicales. Desde muy joven estuvo en contacto con la música, y solía pasar horas tocando el armonio después de clase. Demostró sus dotes al piano en la escuela y se le recomendó para estudiar en la École Niedermeyer, una de las más importantes en enseñanza musical religiosa de París. A los 9 años empezó a estudiar órgano y más tarde dirección coral, permaneciendo como interno hasta 1866. Allí conoció a Camille Saint Saëns (1835-1921), encargado de la clase de piano, del que fue alumno aventajado y que posteriormente se convertiría en su amigo. Con él coincidió algunos años y le acercó a las obras de Schumann, Liszt y Wagner, saliéndose del estricto programa educativo de la escuela. Se graduó habiendo



obtenido varios premios, destacando el conseguido por su «Cantique de Jean Racine» opus 11, un ejemplo temprano de su considerada excelente escritura coral. Una vez graduado, se trasladó a Rennes, una pequeña ciudad al norte, donde aceptó, más por necesidad que por gusto, un puesto con el que inició su carrera de organista, continuándola en varias parroquias parisinas. Tiempo después regresó a la capital, gracias al maestro Saint-Saëns que siempre se las ingenió para promocionar al joven Fauré en puestos de cierto prestigio, ya fuera como organista o director de coro. A pesar de su sólida formación en música religiosa, ámbito que cultivó con muchas obras, destacó también en el terreno pianístico, y, especialmente, en el género de la Chanson.

A finales de la década de 1880, entre aventuras amorosas y un estado anímico con algunos altibajos, el maestro, era ya un notable organista en el viejo París. Con cierta estabilidad laboral, al ocupar el cargo de organista de la Igle-

sia de la Madeleine, atravesó una etapa de mayor inspiración, de la cual brotaron algunas de sus mejores obras, como el «Cuarteto para piano» opus 45, sus «Deux mélodies» opus 46 o su «Pavana» en Fa sostenido menor opus 50. Dejaba atrás una época de grandes y reiteradas depresiones y con escaso tiempo e interés para la composición. Su complicado matrimonio, contraído en 1883 con Marie Fremiet, hija de un destacado escultor y madre de sus dos hijos, no evitó que frecuentara otras compañías más «inspiradoras», más bien las incentivó, por ejemplo, con Emma Bardac, una bella cantante, diecisiete años menor que él. Sus principales biógrafos coinciden en que estas relaciones inspiraron un auge creativo y una nueva originalidad en su música, de este período data por ejemplo la suite «Dolly» dedicada a Emma.

En los círculos musicales académicos se comenzó a relacionar a Fauré con una 'modernidad peligrosa', y su nombramiento como profe-

sor en el Conservatorio de París no fue muy bien recibido por todos. En 1905 ocupó el cargo de director, en el que permaneció durante quince años. Fue una positiva influencia para Ravel, para las hermanas Boulanger y otros alumnos. Impulsó reformas académicas importantes y promovió una filosofía abierta hacia la música contemporánea de su tiempo, incluyendo el incipiente impresionismo de Debussy. En un periodo de confrontación constante con Alemania y Prusia, no escondió su admiración por Wagner, y se inclinó en contra de la necesidad de potenciar el nacionalismo francés a través de la música. Entrada ya la Primera Guerra Mundial, su posición estética y filosófica le valió algunos desencuentros con otros colegas de la esfera musical parisina. A los 75 años fue condecorado con la Gran Cruz, aunque tuvo que cesar de su cargo del Conservatorio al aumentar su sordera. Se sumió en una última etapa meditativa, en una vejez relativamente tranquila y siempre lúcida, cuya mayor ocupación fue organizar bocetos de partituras y afrontar su mayor temor compositivo, componer un cuarteto de cuerdas (opus 121), el que, finalmente fue su última obra en 1924. El Réquiem fue interpretado ese mismo año en su propio funeral. «Al paraíso te conduzcan Los ángeles». (Fuentes: UCM, kids, kiddle, mundo biográfico, prensa).